

# Las máscaras de Quetzalcóatl\*

Félix Báez-Jorge

**E**l mito, tal vez la construcción intelectual más formidable y dinámica lograda por el hombre, es el tema del revelador libro de Enrique Florescano que hoy presentamos. Ampliado en su documentado contenido y motivadoras hipótesis, alcanza su segunda edición con el prestigiado auspicio del Fondo de Cultura Económica.

Quetzalcóatl, suma de un dios y un héroe civilizador, es el personaje polisémico que guía la pesquisa. Los referentes geográficos de esta fascinante indagación están marcados por las tierras americanas (en particular el área cultural mesoamericana), los lejanos territorios de Egipto, Mesopotamia y la cuenca del Mediterráneo. La investigación traspone los estrictos límites de la disciplina histórica, para situarse de lleno en el dilatado plano del humanismo alimentado por diversas afluentes teóricas: sean éstas la etnología, la historia comparada de las religiones, la prehistoria o la arqueología.

Florescano sigue la ruta tempranamente trazada por los estudios antropológicos sobre la religión respecto a la íntima articulación entre mito y culto, característica fundamental de la mayoría de las llamadas formas primitivas de la vida religiosa. Este enfoque explicita que en cada ámbito social donde funcionan mitos y cultos, éstos se constituyen en poderoso entramado simbólico que influye en las diversas instituciones, al mismo tiempo que operan como medio privilegiado de comunicación, convirtiéndose en parte sustantiva de la dialéctica del pensar y del vivir. Al lado de esta orientación debe anotarse el interés del autor por elucidar el sentido interior de las mitologías examinadas, ejercicio que realiza guiado por las aportaciones magistrales de Joseph Campbell: parte de su ya clásica obra *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito* (1959), y se proyecta hasta sus notables ensayos agrupados en *The Masks of God* (1976).

El examen de la extensa bibliografía sobre el tema lleva a concluir a nuestro autor que "Ninguna de las innumerables interpretaciones conoci-

---

\* Texto leído en la presentación del libro *El mito de Quetzalcóatl* (2a. edición, Fondo de Cultura Económica) de Enrique Florescano, Feria Internacional del Libro, Palacio de Minería, México, marzo de 1996.

das sobre el dios, héroe cultural, supremo sacerdote y rey de Tula, ha logrado el consenso, ni de los expertos, ni del público" (p. 98). Así, mientras una tendencia analítica explica los relatos acerca de Quetzalcóatl como una "constelación de mitos" sin vinculación con los hechos históricos, en sentido opuesto, otros autores consideran que tales relatos "permiten discernir la existencia histórica de un personaje real" fundador de Tula, instaurador de importantes reformas religiosas y de "un modelo de gobierno cuyas resonancias se extendieron a diversas partes de Mesoamérica" (*ibíd.*). En efecto, la nómina de los expositores de una y otra interpretación recoge ilustres nombres. En el primer caso Florescano ubica, entre otros, a Daniel G. Briton, Eduard Seler, George C. Vaillant y K. T. Preuss. Respecto a quienes se pronuncian por la existencia histórica de Ce Akatl Topiltzin Quetzalcóatl destacan Manuel Gamio, Laurette Sejourné, Herbert J. Spinden, Alfredo Chavero y Wigberto Jiménez Moreno, lista que podría ampliarse considerablemente. Se aprecia con razón, que Henry B. Nicholson y Alfredo López Austin han evaluado exhaustivamente las diferentes interpretaciones propuestas.

En uno de los tres capítulos agregados a esta segunda edición, Enrique Florescano propone una nueva interpretación del mito después de analizar las distintas manifestaciones asumidas por la imagen de Quetzalcóatl a través de los siglos. Para tal fin se vale del método histórico, examinando las aportaciones de los recientes hallazgos arqueológicos, la epigrafía, la iconografía, así como los estudios arqueoastronómicos y los modernos análisis en torno a las mitologías. Empieza, así, por el nacimiento del mito en los tiempos arcaicos, y concluye con su diversificación y manipulación en la época del esplendor mexica. La detallada pesquisa examina el origen del cosmos de acuerdo con la visión del mundo maya que narra el *Popol Vuh*, situando en este ámbito las primeras tareas de Hun Nal Ye (temprana advocación de Quetzalcóatl), ejercicio que identifica los fundamentos de la antropogénesis mesoamericana y destaca la importancia del inframundo en la creación cosmogónica. Aquí cabe mencionar que un aspecto cimero de la obra es la comparación de las prodigiosas aventuras de los gemelos divinos narradas en el *Popol Vuh*, con los estudios que descifran los textos y el simbolismo presente en los monumentos mayas.

En opinión de Florescano, al "reunir en una sola entidad los atributos de la serpiente y el pájaro, que metafóricamente se referían a los poderes germinativos de la tierra y a los creativos del cielo, la Serpiente Emplumada vino a ser sinónimo de gemelo precioso". En este orden de ideas apunta que "Desde los tiempos más remotos hasta la época de los aztecas, parece que el significado de la Serpiente Emplumada remitía a

la renovación vegetal. Las plumas verdes del quetzal que cubren el cuerpo de la serpiente eran una representación simbólica del momento en que la estación seca era sustituida por el ropaje verde de la vegetación. La tierra, representada por la piel rugosa de la serpiente o del caimán, se cubría de los hoyos verdes del maíz, y ese fenómeno agrícola maravilloso tomaba la forma, en el imaginario mesoamericano, de una serpiente emplumada" (p. 221).

Las transformaciones en la sociedad mesoamericana determinarían cambios sustanciales en el simbolismo del antiguo dios del maíz. Florescano precisa que la época en que ocurren modificaciones en la figura y el significado de la divinidad "corresponde al florecimiento tolteca y a la irradiación de su influencia por diversas partes del ámbito mesoamericano" (p. 225). Advierte, además, que la "mayoría de los símbolos y nombres que en ese tiempo remiten a Quetzalcóatl, Kukulkán, Gucumatz o Ná'xhit están representados por la Serpiente Emplumada, emblema que, en tales circunstancias, en vez de referirse al antiguo dios del maíz, parece relacionarse con un alto cargo político o militar, como sucede en las crónicas cakchiqueles y quichés, en las cuales los nombres antes citados aluden a un capitán investido de poderes sobrenaturales que realiza conquistas y hazañas guerreras, funda ciudades y "edifica templos grandiosos que llevan su nombre". Todos los elementos simbólicos de este personaje, su origen y atributos, convergen en la mítica Tollan, lugar de la abundancia de bienes materiales y el esplendor civilizatorio.

Durante la época clásica de Mesoamérica, la identificación del mito de la muerte y resurrección del maíz con el ciclo dinástico de la muerte y resurrección de sus reyes es identificado por nuestro autor en el relieve de la lápida que cubre el sarcófago de Pacal en el Templo de las Inscripciones en Palenque. Al inhumarlo, el dignatario sería vestido con el traje verde del dios del maíz, convirtiéndose en Hun Nal Ye, y renaciendo como tal de las profundidades del inframundo para transformarse en dios y ancestro tutelar del reino de Palenque, singular idea de la reencarnación que ha sido registrada por los etnógrafos contemporáneos en el área maya. Y es precisamente a partir del simbolismo que identifica el ciclo humano con el ciclo de la naturaleza, como Florescano se adentra en las cosmogonías de Egipto, Mesopotamia y la cuenca mediterránea, para fines de comparación entre sus dioses y héroes civilizatorios con la figura numinosa de Quetzalcóatl.

En el capítulo quinto de la obra, después de proceder al examen de Dumunzi, Tammuz, Osiris, Adonis y Perséfone, en tanto hijos de la Diosa Madre Primordial y deidades que simbolizan la regeneración de la naturaleza, Enrique Florescano indica que toda vez que los principales episo-

dios del mito de Quetzalcóatl están relacionados con las fases de la siembra, la gestación en el interior de la tierra, el renacimiento y la cosecha del grano, las series simbólicas inherentes a las divinidades primero citadas pueden equipararse con las que corresponden a la deidad mesoamericana. Indica que tanto "en los mitos mesopotámicos y egipcios, como en los griegos y mesoamericanos, la secuencia narrativa del relato repite la temporalidad que adopta el proceso biológico de la gestación de las plantas, con las variantes propias del clima y el tipo de cultivo" (p. 359). De la misma manera que, en Egipto, Osiris fue reverenciado como el propagador de la agricultura, en Mesopotamia y Grecia la agricultura es un don de divinidades terrestres, asociándose al protagonismo de los héroes culturales. Asimismo, en Mesoamérica, advierte Florescano, "el dios del maíz es sinónimo de vida civilizada". Ciertamente, esta divinidad (que, como hemos visto, originalmente se llamó Hun Nal Ye) mudó de nombre, de símbolos y cultos. Fue, sucesivamente, conocida como 9 viento, Ehécatl, Kukulkán, Ná'xcit, Quetzalcóatl y Hun Hunahpu. "Muchas veces su nombre y su culto se mezclaron con los de otros dioses y el culto del antiguo dios del maíz recibió a su vez la influencia de nuevos dioses y cultos" (pp. 364-367), mutación denominativa, cambio de máscaras, adopción de nuevos disfraces que se corresponden plenamente con el carácter fundamentalmente cambiante de pensamiento mítico.

Desde luego, en su análisis el autor incorpora el mito del primigenio ser andrógino dividido en dos (el cielo y la tierra) por Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, concepción creacionista que la cosmovisión mesoamericana comparte con Egipto y Mesopotamia. Y en este trazo comparativo establece también similitudes entre los misterios de Eleusis (como se sabe, el sitio donde se erigió el templo de Deméter y se realizaban ritos vinculados al tránsito vida-muerte) y el culto que en torno a la aparición anual de la planta de maíz se celebraba en la ciudad maya de Copán. Advierte en tal sentido que, en el ritual de Eleusis, la "presentación de la semilla del trigo adquiriría el sentido de una revelación única, destinada al grupo privilegiado. El proceso litúrgico convertía paso a paso a la semilla vegetal en un objeto sagrado, y los fieles descubrían que el sentido último de los cereales era volverse carne de los humanos" (pp. 360-361).

Es evidente que una de las interrogantes que más apasionan en la historia comparada de las religiones se refiere a la asombrosa semejanza entre deidades, mitología y rituales de cosmovisiones distantes en el tiempo y en el espacio. En tanto la temática constituye un verdadero nudo gordiano en la historia cultural, se advierte el valor de las indagaciones que en esta dirección plantea Enrique Florescano, atendiendo a las enriquecedoras controversias que seguramente habrán de producir las compara-

ciones anotadas. En efecto, para beneficio del estudio comparado del pensamiento religioso mesoamericano, es de desearse la realización de nuevos esfuerzos en tal perspectiva, esperando las limitaciones advertidas en el pasado, y poniendo al día anteriores pesquisas como la de Francisco Plancarte y Navarrete, quien en su *Prehistoria de México* (1923) estudió los paralelismos simbólicos entre Tlazoltéotl y Afrodita, Ixchel y Harmonia, Cadmo y Quetzalcóatl.

En esta perspectiva, deben recordarse también las investigaciones difusionistas de Heine-Gelder, Gordon Ekholm y, finalmente, las de Paul Kirchoff (1964) quien planteó importantes hipótesis respecto a la relación simbólica entre 28 divinidades calendáricas hindúes (y sus respectivos animales) con dioses mesoamericanos (Bhaga y Tezcatlipoca, Agni e Itz'papálotl, Vayus y Xochipilli, etc). Los postulados difusionistas de Kirchoff serían sometidos a severas críticas por Alfonso Caso (1964) (Júpiter Tonante de la arqueología mexicana), señalando nuevas líneas a un debate que permanece abierto.

En otro lugar se ha señalado (cfr. Báez-Jorge, 1992) que en el pensamiento religioso de configuración arcaica los humanos personificaron a sus dioses, condicionados por su infraestructura material y sus entornos ecológicos. De tal suerte, naturaleza, sociedad y símbolos sagrados se imbrican y se explican articulados en lo que constituye un todo sistémico. Precisamente en las raíces terrenales que sirven de sustento a estas cosmovisiones debe buscarse, en primer término, la unidad del espíritu humano por cuanto hace a los paralelismos referidos, en tanto la religión refleja en forma fantástica la opresión real que ofrece la naturaleza sobre la sociedad. Péndulo que oscila entre el creer y el imaginar, entre la devoción y el culto, entre el mito y el ritual. Esta compleja realidad es la que la pluma erudita de Enrique Florescano nos enseña al detallar, en este libro polémico y fascinante, cómo el mito de Quetzalcóatl constituye un notable testimonio de las transformaciones simbólicas de la historia de Mesoamérica.

## Bibliografía

- Báez-Jorge, F., *Las voces del agua. El simbolismo de las sirenas y las mitologías latinoamericanas*, UV, Xalapa, México, 1992.
- Campell, J., *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, FCE, México, 1959.
- The Mask of God*, Penguin Books, New York, 1976.
- Caso, A., "Relation between the Old and New Worlds: A note methodology", *Actas y Memorias del XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, t. I, México, 1964.
- Kirchoff, P., "The Diffusion of a Great Religions Sistem from India to Mexico", *Actas y Memorias del XXXV Congreso de Americanistas*, t. I, México, 1964.
- Plancarte y Navarrete, F., *Prehistoria de México*, Imprenta del asilo "Patricio Sañz", México, 1923.